



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Tipos portugueses.



Un señor formal con el traje de ir á la *tourada*.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Chifladura filatélica, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clarín.—Menudencias, por Federico Canalejas.—Bagatelas, por Luis de Ansorena.—El padre de la pereza, por Rafael Torromé.—Morenos agraciados, por Eduardo de Palacio.—Fruslerías, por Rafael Leyda, Antonio Soler y Sixto Celorrio.—Felipito Finolis, por Luis González Gil.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Tipos portugueses.—Los inventos del siglo.—Toros en Portugal (ocho viñetas).—I dilettanti.—La despedida, por Cilla.



Hemos entrado en Septiembre y, sin embargo, continúa el calor como en los mejores días del espléndido y mal oliente Agosto.

Los que regresan de las playas se apean en la estación del ferrocarril, y al encontrarse con esta temperatura abrasadora palidecen y se llevan las manos á la cabeza murmurando:

—¡Dios mío! ¿Por qué habré regresado yo de aquel Portugal delicioso?

Mientras aquí nos derretimos y vivimos bañados en nuestra propia salsa, en Espinho tiritan los veraneantes y ayer recibí carta de un amigo diciéndome:

«Esto continúa tan animado como cuando te fuiste.

En la *Asamblea* hay cotillones casi todos los días y aumenta el número de merluzas y el de bañistas procedentes de Cáceres.

Entre los recién llegados está Isolino, aquel joven pálido de Plasenzuela que iba antes á Figueira da Foz y ahora se ha decidido por esta playa. Viene casado con una chata, á quien conocimos tú y yo en el casino Mondego, y bailaba sevillanas con la madre.

Isolino ya no es aquel calavera desenfadado que bebía aguardiente de caña y les proponía el rapto á todas las portuguesas. Ahora está triste y como abrumado por el peso del matrimonio. Además he oído decir que su suegra le pega... ¡Pobre Isolino!

La temperatura aquí es dulce durante el día; por las noches baja el termómetro hasta el punto de tener que abrigarnos. Te ruego, pues, que le escribas á D. Antonio, el propietario del hotel Braganza, recomendándole que me preste un gabán de invierno.

Yo no tengo confianza con él, pero tu carta me servirá seguramente de abrigo.»

En vista de lo mucho que en Madrid se suda, algunas familias han decidido marcharse á Portugal, donde la gente veranea en Septiembre y Octubre.

Los que ya no podrán salir son los funcionarios públicos, porque el Gobierno lo ha prohibido terminantemente.

Á no ser que todos adopten la conducta de D. Serafín, el del Tribunal de Cuentas, que se ha fingido enfermo de un dolor de riñones, y se fué á Espinho disfrazado de sacerdote francés.

El hombre no quería faltar á sus deberes burocráticos; pero tiene unas hijas capaces de hacer delinquir á la estatua de Mendizábal, y dijeron á D. Serafín:

—Nosotras no nos quedamos este año sin oír hablar en portugués.

—Pues no hay más remedio que renunciar al viaje. El ministro es muy recto.

—¿Por qué no te pones malo? Anda, sí, escríbele á tu jefe diciendo que tienes un dolor.

D. Serafín es débil, y puso una carta á su superior jerárquico, diciéndole que le dolía todo el cuerpo y que estaba en la cama con un sinapismo en un lado y otro sinapismo en el otro.

Pero aquella noche salió de Madrid en compañía de sus hijas, envuelto en una hopalanda, con un babero blanco y unas melenas rubias, en clase de sacerdote francés interino.

Otros empleados no tienen necesidad de disfraces para dejar la oficina y sumergirse en el proceloso Océano.

Para realizar su viaje buscan una buena recomendación, y se presentan ante el ministro diciendo, verbigracia:

—Yo soy Facúndez, subalterno de V. E., y traigo esta carta de mi suegro, que no puede venir en persona porque se nos ha parado el reloj del gabinete y está viendo si lo compone.

El ministro lee la carta y dice:

—¿Conque usted es yerno de Gollete?

—Sí, señor; tengo esa honra.

—Vaya, vaya. ¿Y cómo está?

—Ahora no anda bien, porque se hizo una heridita en un dedo con un clavo de la bota, y el médico le manda á los baños del Molar. ¡Ya ve usted! No es cosa de que vaya solo, porque como tiene mucho genio puede armar una polémica en la fonda, y á lo mejor nos le matan. Por eso venía á suplicar á usted una licencia...

—Concedida, concedida. Basta que sea usted hijo de Gollete.

—Es que como hay esa orden...

—¡Bah! Con usted no reza eso.

Ni con Facúndez, ni con tantos otros que veranean hoy en nuestras playas por cuenta del Erario público.

Y el que necesite que le despachen un expediente, ¡que se fastidie!

* *

El Circo de Parish continúa ofreciendo novedades dignas de elogio. Ahora se dice que está próximo el *debut* de unos monos actores que declaman, tocan, bailan y ejecutan otra porción de habilidades.

Aquí ya tenemos monos actores, sólo que trabajan en familia; y si no, ahí están los cuatro niños del señor de Canillejo.

No hace uno más que entrar en su casa, y aparecen los cuatro en pelotón.

La mamá dice:

—Aquí tiene usted á mis pequeños; son cuatro diablillos, pero con una inteligencia que asombra... No puedo conseguir que se estén en el comedor cuando tenemos visita.

—¡Qué graciosos son!—dice usted para salir del paso.

Entonces la mamá replica:

—¡Pues si usted les viera echar comedias!.. Secundinito, ven aquí. ¿Cómo hace Rodríguez, hijo mío? Anda, canta aquello de *La verbena de la Paloma*, para que te oiga este señor.

El niño rompe á cantar como un loro asustado, y los demás hermanitos prorrumpen en chillidos agudos, por no ser menos.

—¿Lo ve usted?—dice la mamá.—Pues nadie les enseña estas cosas, porque ni su padre ni yo tenemos tiempo para nada. Ellos se lo aprenden solitos.

Y usted sale de allí creyendo que no es necesario ir al circo para ver monos actores.

Luis Taboada

Chifladura filatélica.

Hoy que está desarrollada la manía por los sellos y hasta hay quien tiene cifrada su felicidad en ellos, mi amigo Fidel Quirós y Pérez de Montalbán es un sujeto de los que más chiflados están. Compra, cambia y colecciona los sellos con interés y á veces por uno abona la paga de todo el mes. Así es que en tono de guasa me suele decir á mí:

—Garbanzos no habrá en mi casa, pero lo que es sellos, sí. Y en efecto, aunque hay millares de Chile y de Pernambuco, apenas hay ejemplares de los de Fuentesauco. Más de un sello hay que desprecia á otro con el cual se lia. ¡Si enfrente de los de Grecia ha puesto los de Turquía!

En cambio puede notarse, aunque no tiene importancia, que no pueden despegarse los de Rusia y los de Francia. Tiene sellos Montalbán de Alemania, de Londón, del Perú, del Indostán, de la China y del Japón, y de Francia y de *Logroño*; pero no tiene entre tantos el del oso y el madroño del año... yo no sé cuántos. Y aunque el sello es muy costoso, lo quiera adquirir Fidel; mas, por lo menos, el oso lo va á tener que hacer él. El caso es que por juntar tantos sellos diferentes, tuvo el pobre que amagar con el sable á sus parientes. Y en dos cartas que escribió quiso el hombre *conmover* á un primo de Mataró y á un tío de Santander.

* *

Mas no las han recibido
aunque él las echó al correo.
¿Y sabéis por qué no han ido?
Pues... ¡por falta de franqueo!
Por tarde, noche y mañana
se ocupa en su colección.
¡Cuánto mi amigo se afana!
¡Eso es tener afición!
Agarra sin más ni más
un sello, y con un pincel
lo da goma por detrás
y lo pega en un papel,
y añadiendo otro sellito
y luego añadiendo dos,

no hace otra cosa el maldito
en todo el día de Dios.
Y como no hace otra cosa
ni toca más que á los sellos,
Pepita, su dulce esposa,
se tira de los cabellos.
Y el día menos pensado,
si por ella le pregunto,
estoy viendo que el chiflado
me va á contestar al punto:
—¡Si no está Pepa conmigo
desde mediados de Abril!
¡La cambié con un amigo
por un sello del Brasil!

Juan Pérez Zúñiga.

LOS INVENTOS DEL SIGLO



—¡Benditos sean los fotógrafos que retratan á las mujeres en esas posturas, y los aparatos automáticos que las enseñan por una perra grande.

PALIQUE

Con toda la seriedad que el asunto requiere, los periódicos más formales han hablado estos días de las reformas que se introducen en aquella parte de nuestra legislación relativa á los cuernos. No se trata de las leyes referentes al adulterio, sino del nuevo reglamento para las corridas de toros.

Por lo visto, Silvela se propone moralizar también la tauromaquia, y algún Dracón ó severo Licurgo del partido se ha encargado

de procurar la regeneración de este pobre país, empezando por corregir las corruptelas del arte nacional.

Un saludable rigorismo será en adelante la norma para todos los tercios de la lidia.

No se dirá que la tauromaquia está tocada de anarquismo; no. Cualquiera diría que ha habido una transacción entre las dos ramas borbónicas, y que á D. Carlos se le deja el mero y mixto imperio de todas las plazas de toros del reino, para que en ellas ensaye el absolutismo que tanto gusto dió al público en los siglos pasados.

Lo que noto es que todo el rigor del nuevo reglamento es para los pobres toreros, y que á los toros no se les exigen garantías de ninguna clase.

Tal vez es porque D. Carlos simpatiza con esas nobles fieras, que no son amigas del progreso, como lo demostró un día de estos cierto toro que se escapó de la dehesa, y con el valor de un Régulo ó de un Escévola... arremetió contra un tren, ni más ni menos que D. Carlos arremete contra el liberalismo. El toro, después de la embestida, se quedó como el partido conservador, sin cabeza. El tren se la hizo polvo. D. Carlos no corre ese peligro al arremeter contra el progreso; no hay miedo de que se quede sin cabeza; á lo sumo, se quedará sin Cerralbo.

De todas maneras, en el nuevo reglamento de las corridas podían aprender nuestros políticos.

No se permiten más que dos enterradores, para acompañar al espada. Figúrense ustedes los enterradores que le han salido á Azcárraga.

En la cuestión de las guerras coloniales el Gobierno ha roto ya tres ó cuatro espadas, dando siempre en hueso, y ni los golletazos de Weyler dan resultado. El toro se echa, pero el espada también. Si se le aplicara al Gobierno el nuevo reglamento, en vez de enviarle avisos por los alguaciles (Martínez Campos, Sagasta, Silvela, etc.), se le conminaría con toques de clarín.

Pero ¡ya escampal si tose fuerte Clarín, á quien se le llama al orden es á él.

A los banderilleros no se les permite más de dos salidas en falso. Hagan ustedes la cuenta de las veces que ha salido en falso Weyler para pacificar las provincias pacificadas... en lenta, pero continua rebeldía.

También debiera aplicarse el reglamento de la plaza á las sesiones parlamentarias. A los quince minutos, toque de clarín y multa, para advertir al orador que debe rematar la suerte cuanto antes.

Lo que sucederá, con esto de seguir la relajación en todas las leyes menos en la de toros, será que tendremos un renacimiento tauromáquico y una terrible decadencia y el mayor desorden en todo lo demás.

De la antigua fórmula «Pan y toros» nos quedaremos con la mitad: «Toros».

¡Vivan los toros... con honra!

¡Sálvense las corridas y perezcan las colonias!

*
*
*

Aunque sea mala comparación, tampoco vendría mal que las compañías de cómicos tuvieran su reglamentito draconiano. Y así como por la ley marcial se suelen prohibir los grupos, ahora se prohibiría andar solo á todo cómico de regulares facultades.

Se les obligaría á agruparse á los pocos y malavenidos actores buenos con que no contamos.

Se dice que hay oposición por parte de éstos y los otros...

Mejor; que se organicen en la oposición, como no quieren hacer los conservadores.

Nuestros artistas de ambos sexos son así; ó se quieren tanto que se casan.. ó se tiran á degüello. ¿Y el justo medio?

Repáren ustedes que la base de las principales compañías que se forman ahora suele ser un honrada familia, que echa por delante sus intereses familiares y á ellos sacrifica el arte, si hace falta.

—Pero usted, X... ¿por qué no se junta con A, B, C, D?

—Porque... tengo tantas bocas que no me basta un sueldo; necesito la parte del león... y la del empresario. Necesito cobrar... como el ciprés entre los hisopos.

—Y, usted Z, ¿por qué no prescinde?...

—¡Todo por mi padre!... Ya ve usted, ¡es el autor de mis días!

—Sí, pero espanta á los autores de noche.

—¿Y usted, N?

—Yo... yo voy á romper moldes...

—Sí; pero con actores que nunca han roto un plato.

—¡Oh! tengo á M.

—Ya lo veo. Pero no basta..

—A mí me basta.

—A usted sí... porque es usted monógamo. Pero al público, que, para no serlo, no se casa con nadie...

El santo vínculo del matrimonio, por palabra de presente, nos privó primero de Elisa Boldún, después de Elisa Mendoza... Vico, siempre que se le habla de contratas, tiene que contar con la alimentación de tres ó cuatro amas secas...

Con cómicos y cómicas así, está asegurada la raza; pero el teatro español se muere.

Muchos hijos legítimos, y pocos triunfos ídem.

Da gana de gritar, como en *El dúo de la Africana*:

—¡Coro de vestales!

Si no fuera un sacrilegio, era cosa de reclutar las compañías entr las y los vírgenes del Señor,

El voto de castidad, tomado en serio, hasta que una sola taquilla sirviese para muchos cómicos.
 Ahora cada taquilla... para cada patriarca.
 «Más cómicos y menos Abrahames».

Clarín.

★
Menudencias.

Las tres de la mañana. ¿Dirá ahora que me recojo tarde mi señora?

—
 Por pescar truchas un día pescó un catarrazo Cuesta.
 ¡Y aún me dicen que el pobrete no sabe lo que se pesca!

¿Que acepte tu cariño? No estoy loco.
 ¡Yo nunca me molesto por tan poco!

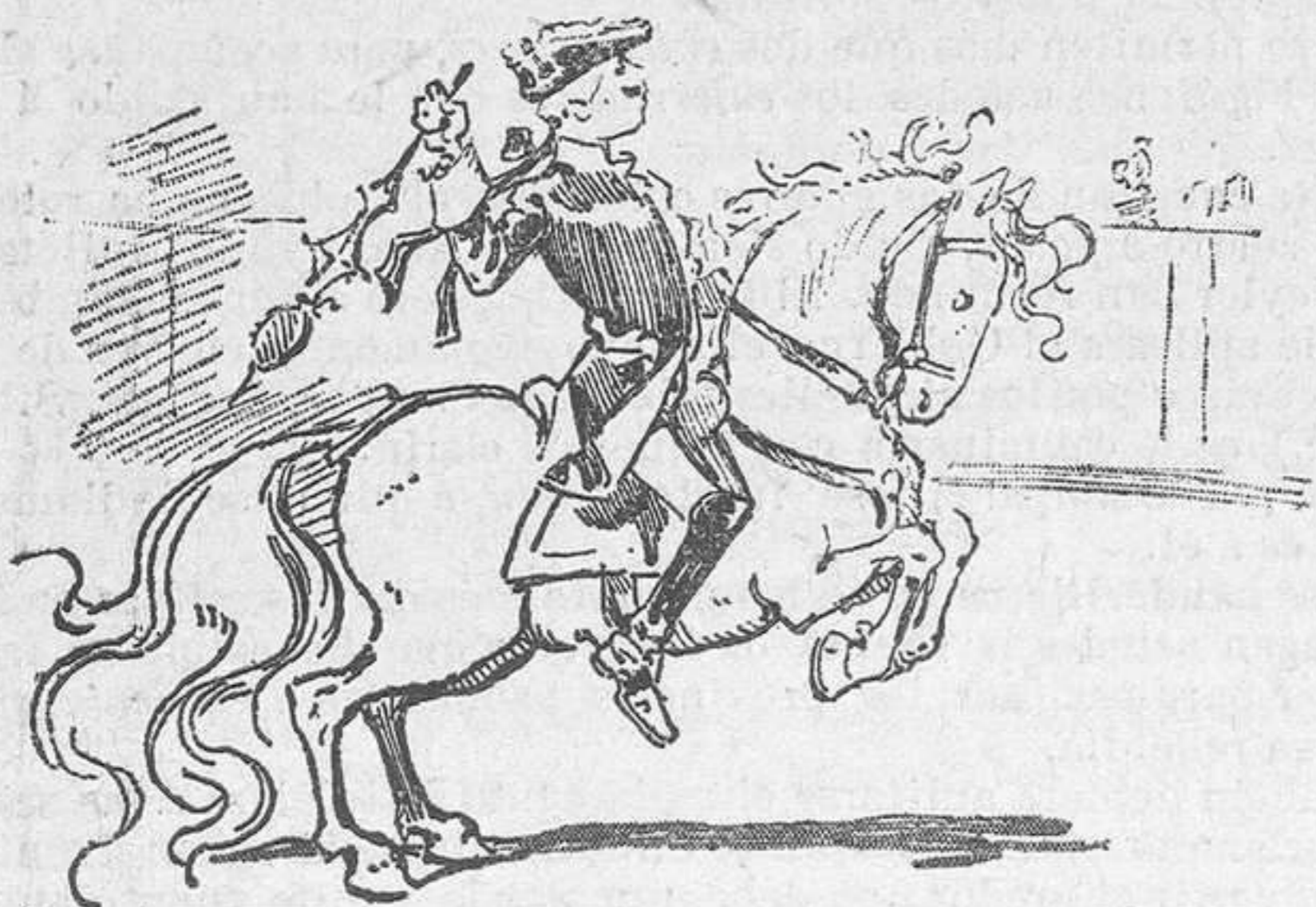
—
 Ten siempre doncellas guapas, porque así es más agradable recibir por su conducto los abrazos que me mandes.

—¡Cásate, no seas tonto!— me decía.—
 La vida de soltero al fin hastía y hace que aborrezcamos los placeres.
 Ya ves, yo, por hacerla todavía, ya no encuentro atractivo en las mujeres..
 Y ahora le gusta una mujer: ¡la mía!

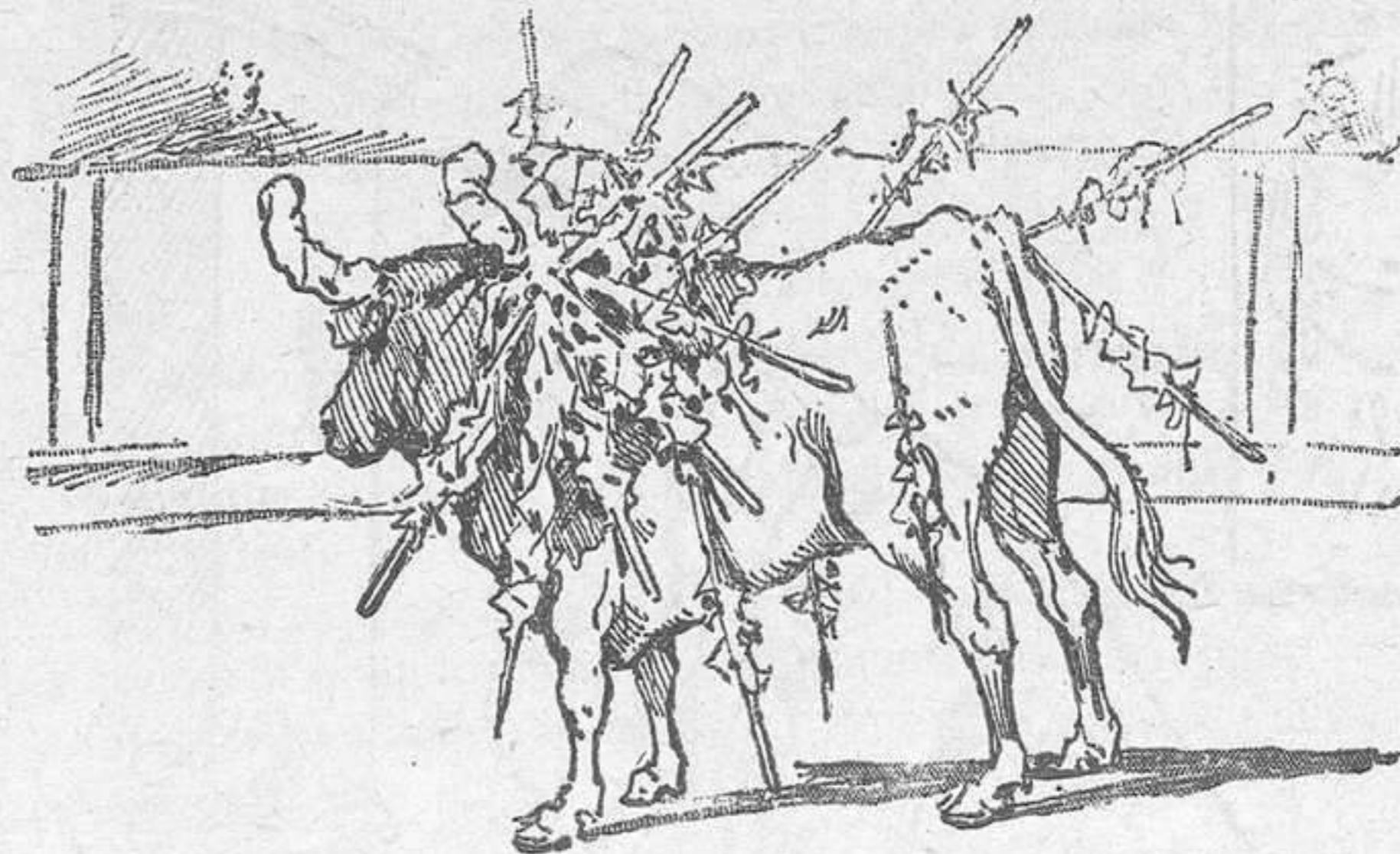
—
 ¿Tan amigos y riñen? ¡Sin remedio tiene que haber una mujer por medio!

Federico Canalejas.

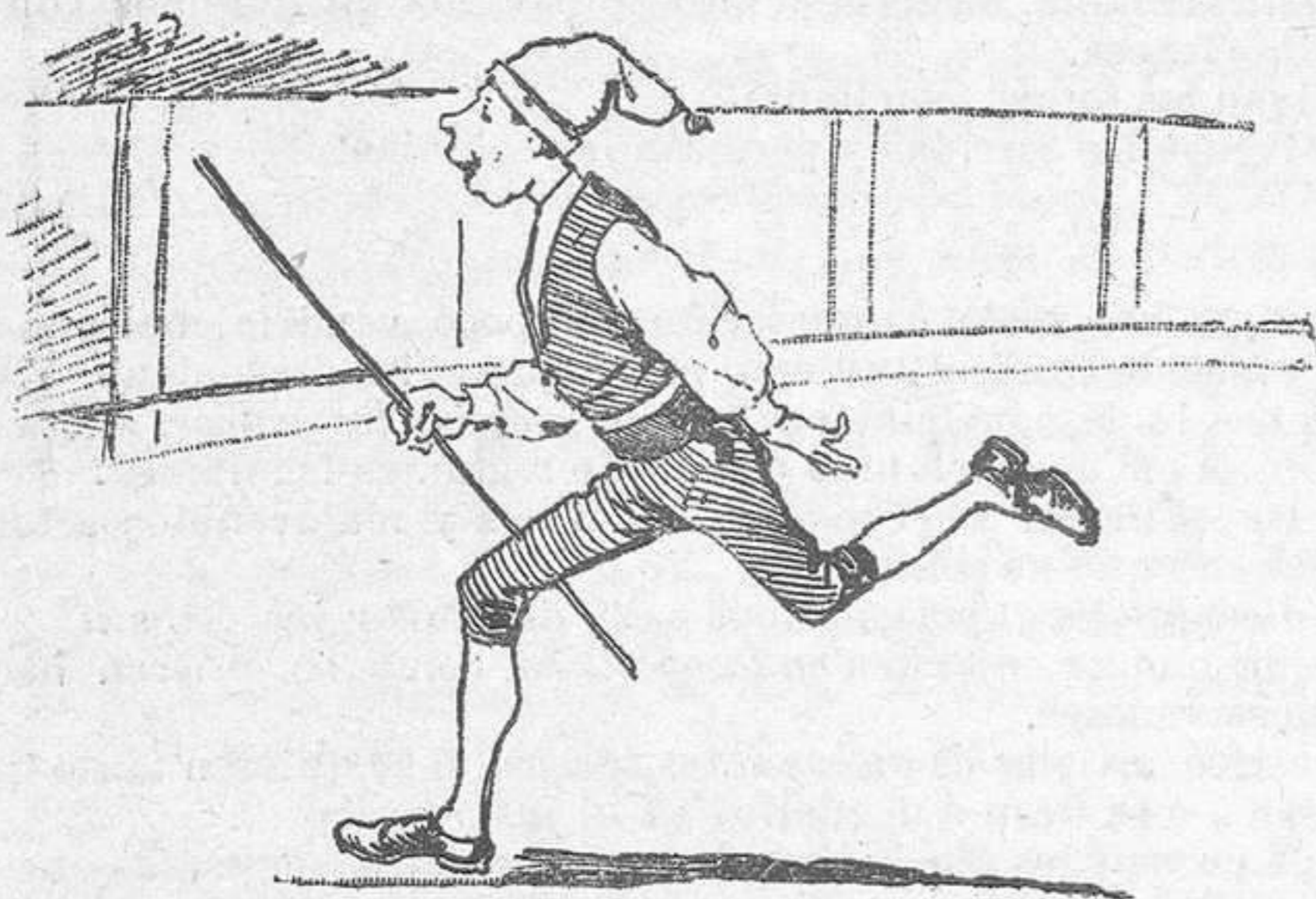
TOROS EN PORTUGAL



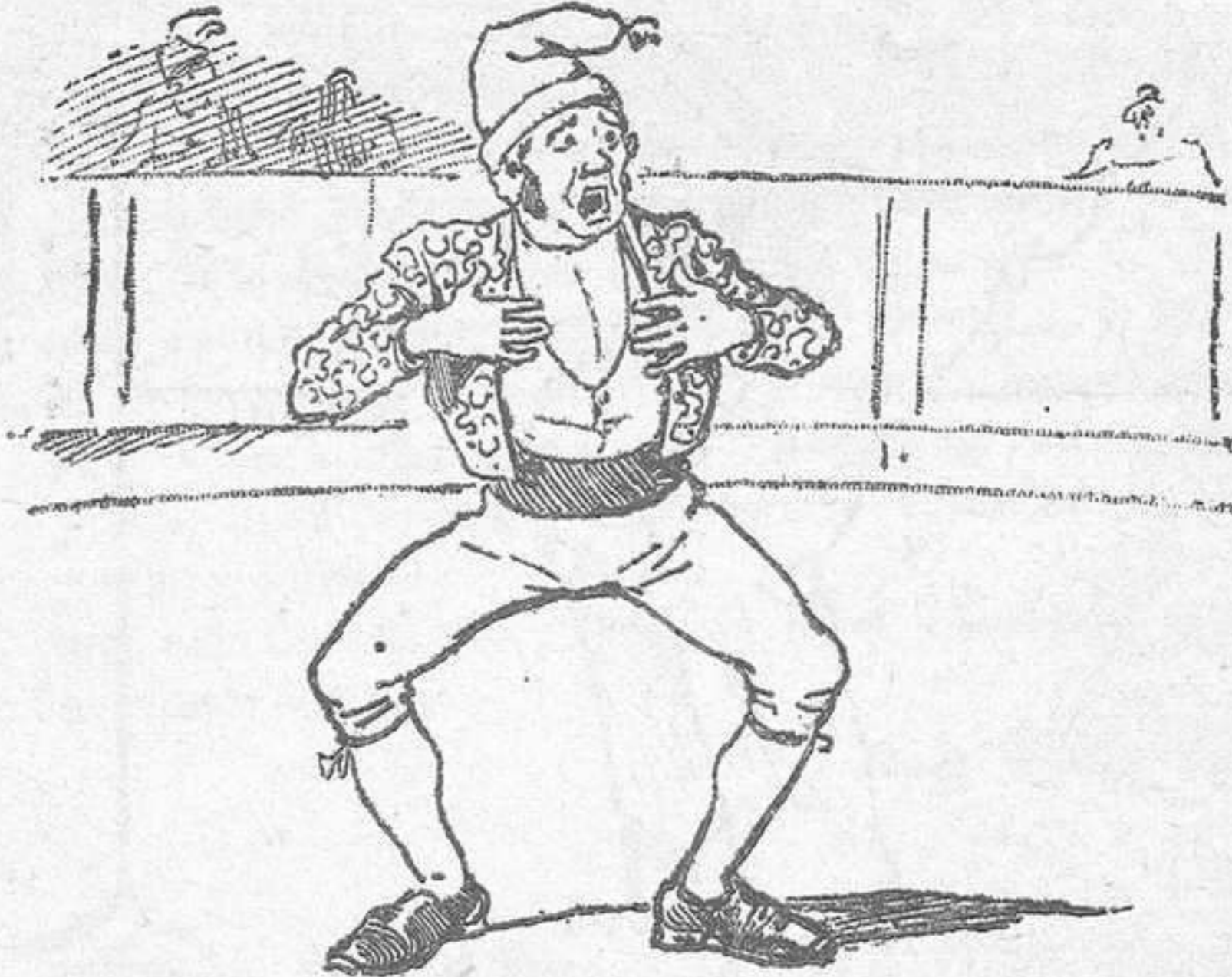
El héroe de la fiesta.



El toro al empezar la suerte de banderillas.



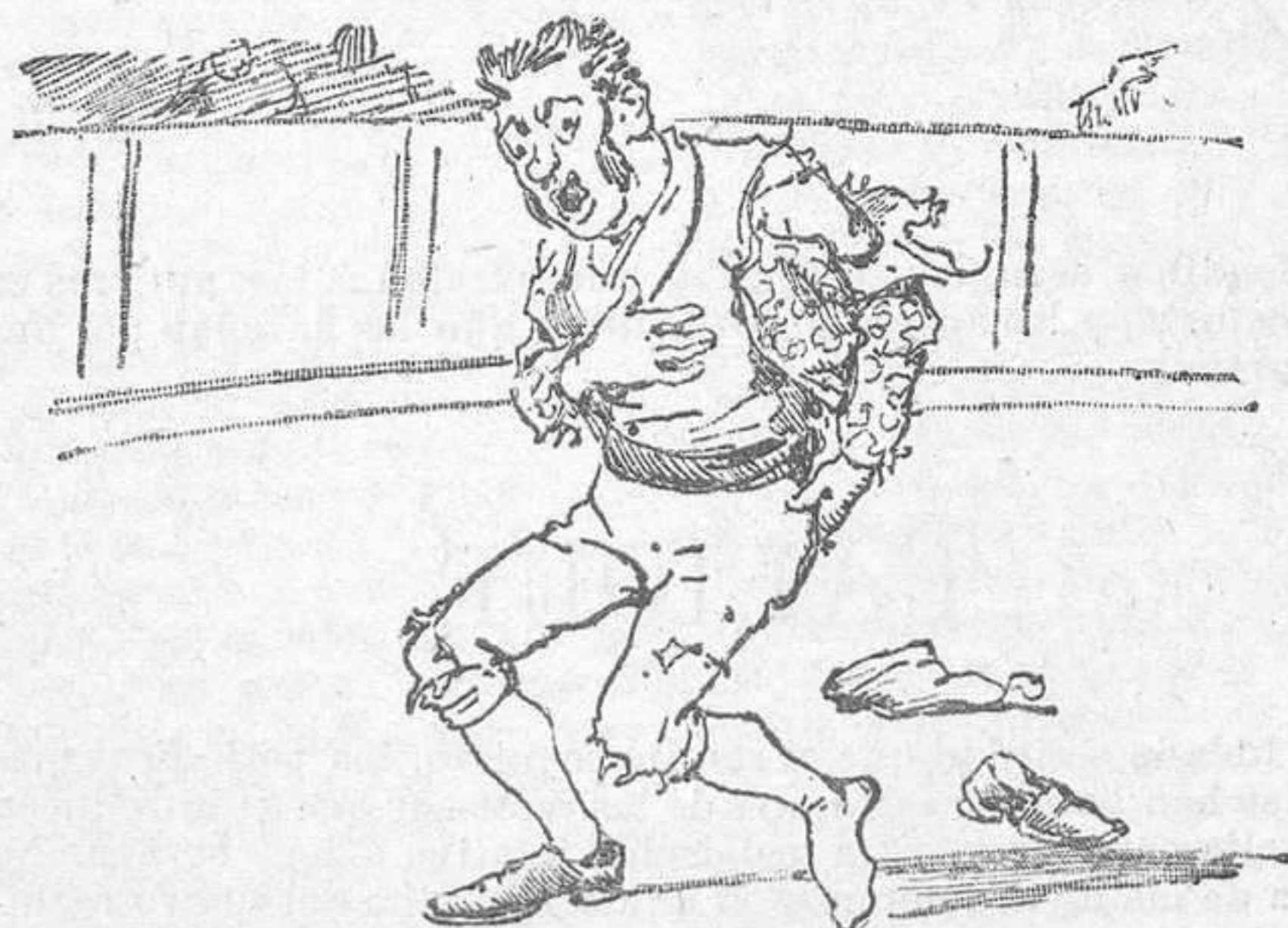
No quiero á este rapaz hacer agravio, pero debe de ser un mono sabio.



El toro de fuerza citando al bicho.

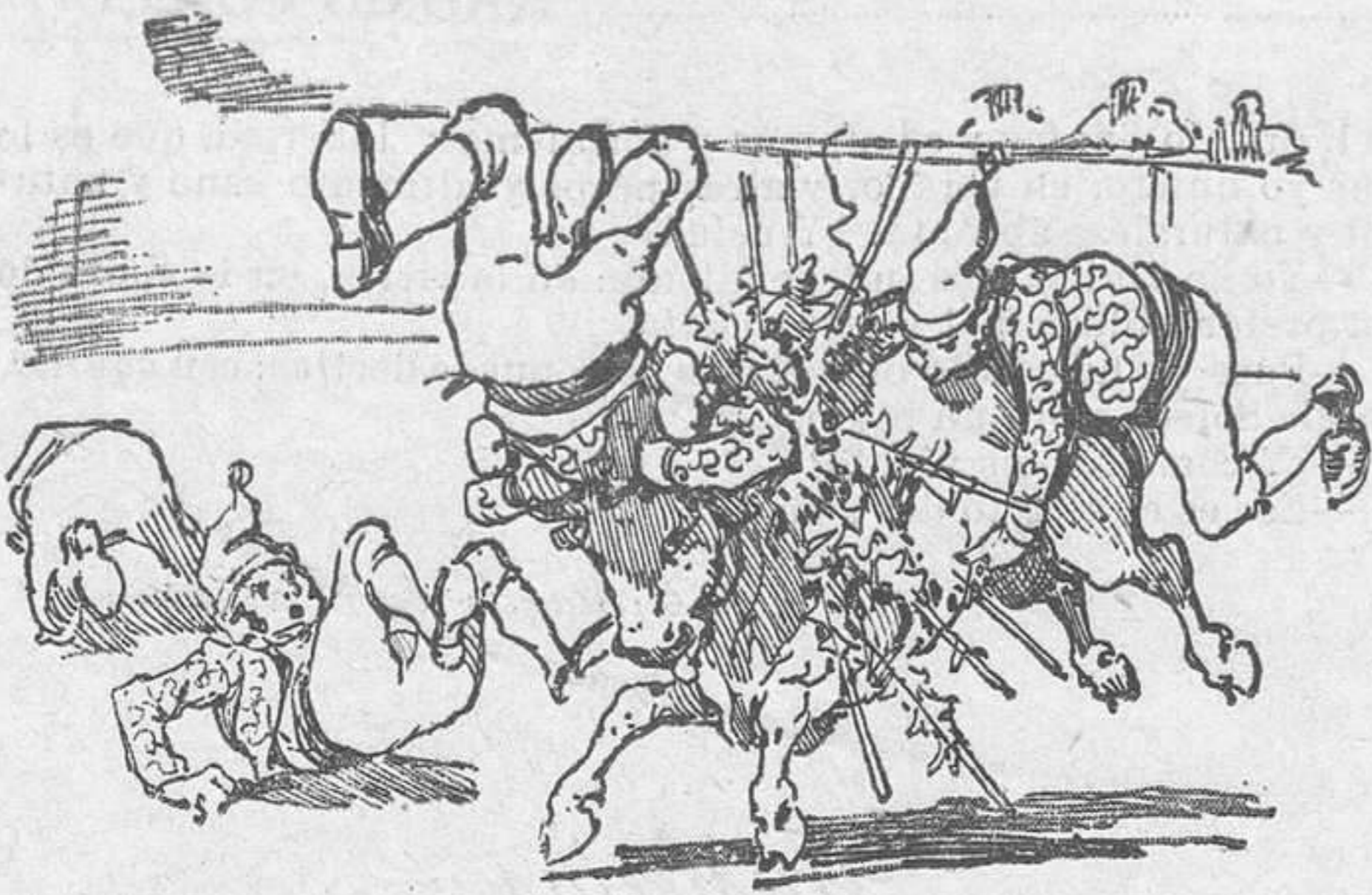


El trompa de la orquesta, que parece un general en día de fiesta (1).



Después de una suerte hecha con poca suerte.

(1) Este verso es de Cilla. A cada cual lo suyo.—N. de la D.



Suerte final, sencilla y delicada,
encanto, gloria y prez de la *tourada*.



Como echan á los diestros
ramos de flores,
parecen bailarinas
los matadores.

Bagatelas.

Tú eres en el amor como la hormiga,
que desperdicia sus menguadas fuerzas
en arrastrar, avariciosa, el grano
más enorme que encuentra.
Empuja... empuja la pesada carga,
gastando mucho tiempo en la faena,
y, al fin, vence el cansancio á sus deseos
y en el surco la deja.

¡A lo alto!... ¡Qué ventural... Conseguía
hacer verdad mi sueño...
Miré abajo y pensé con alegría:
—¡Qué mundo más pequeño!...
Proseguí, aunque las fuerzas me faltaban,
y... sólo me detuve
al oír que aún más alto preguntaban:
—¿Qué insecto es el que sube?

Entraste en el templo... Yo seguí tus pasos...
Caíste de hinojos... Me puse más cerca...
Tú te estremeciste y á la Virgen pura
alzaste con ansia la hermosa cabeza...
Y creí que entonces la Virgen me dijo
mirándome un punto con la faz severa:
—Vete... Aguarda lejos... Me ofendes... Y al cabo
tienes conseguido lo que tanto anhelas...
Mujer que á mí viene, cuando huye del hombre
y si él se aproxima se acongoja y tiembla,
pone ante mis plantas su virtud vencida...
¡trae sabor de besos en lo que me rezal...

La mujer en amor es la más fuerte...
Segura de su inmenso poderío,
cuando dice:—¡Soy tuya hasta la muerte!
está pensando:—¡Para siempre es mío!

Como esos monjes que su vida pasan
mirando arriba y despreciando el cuerpo,
tu amor, al encontrarse con el mío,
dice desde hace tiempo:
—¡Tenemos que morir! y el mío al punto,
dando fin tan aciago como cierto,
con espantosa frialdad responde:
—Hermano... ¡lo sabemos!

Luis de Ansorena.

EL PADRE DE LA PEREZA

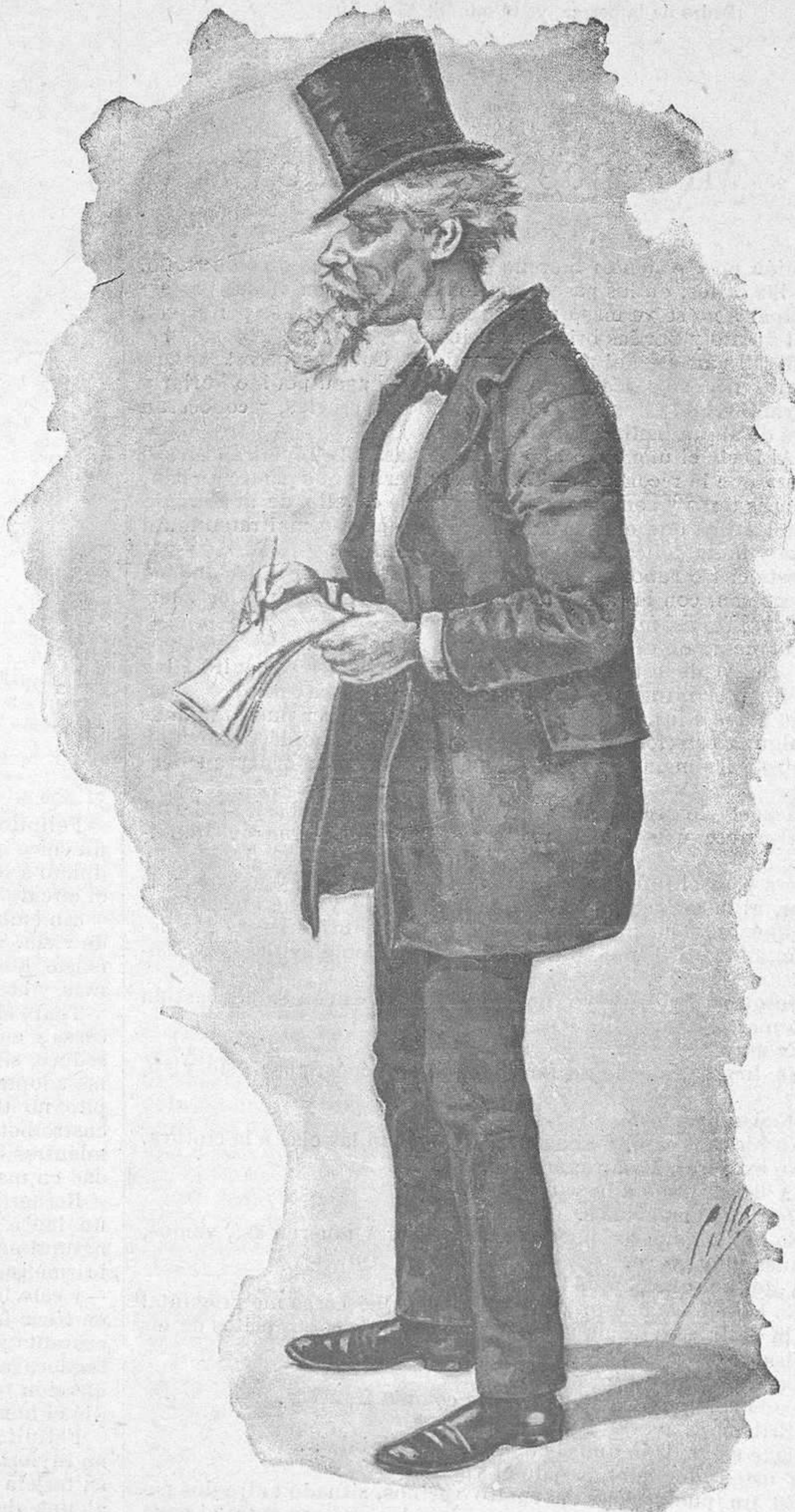
Nace el sol en el Norte triste y sombrío
y envuelve entre las nubes sus resplandores,
como si á sus alturas llegara el frío
del suelo, que no templará con sus fulgores.

Ni los árboles tienen fruto abundante,
ni el campo de los hombres se muestra amigo,
ni es liberal, ni alegre, ni exuberante,
ni el cielo con sus luces le ofrece abrigo.

El hombre, á sus esfuerzos abandonado,
allí lucha y entabla perpetua guerra,
é infunde con sus ansias y su cuidado
el calor que no siente la madre tierra.

Huérfano de tu lumbré, sol poderoso,
no gozando en el mundo tu gran tutela,

I DILETTANTI



—Se ha dado el negro seis veces, luego el encarnado otras seis, el color cinco y el contra color siete... Ahora tiene que venir el negro, y esta era la ocasión de meter medio duro. Pero no, seguiré llevando la cuenta otro par de horitas á ver si quiebra.

el hombre en el trabajo templa anheloso
el frío que su cuerpo combate y hiela.
Y en esta lucha á muerte, brava y reñida,
su cuerpo robustece, su mente exalta,
y al librar de tal riesgo su pobre vida
en su alma brota el fuego que al cielo falta.

.....
En cambio, en las regiones del Mediodía,
donde el sol con la fiebre de sus ardores
ósculos lujuriosos al suelo envía,
brotando de sus besos frutos y flores;
donde el sol es el alma de la espesura
á cuyo abrigo el hombre duerme y sosiega,
y alza el calor vapores hacia la altura
con que luego los campos fecunda y riega;
donde todo á la vida presta esperanza,
donde todo del hombre se muestra amigo,
donde el sol nos ofrece sombra, bonanza,
fruto, galas, sosiego, calma y abrigo,
allí el trabajo abruma, la lucha mata,
el sol padre es del hombre como del día,
cuando su hermoso manto tiende y dilata
el oro está en la atmósfera y el sol lo envía.
La vida á borbotones el sol derrama,
el cielo contra el hambre nos da su escudo,
y viendo al sol el hombre, tendido exclama:
¡Padre de la pereza, yo te saludo!

Rafael Corromé.

Morenos agraciados

¿Quién no «se siente» moreno agraciado en estos días de otoño?
En las calles, en los paseos, en los círculos y en «todas partes»
principales no se ve más que rostros morenos curtidos por el sol,
por el viento y por las brisas marítimas.

¡Ahí! ¡El mar salado! ¡Cuánta grandezal! ¡Cuántos peces!
Varios de éstos, los veteranos, los que hayan podido burlar y
lo hayan hecho la tenacidad de pescadores crueles, reconocerán
la cara de algún bañista reincidente.

—¡Ahí está el mono del año próximo pasado! —repetirá el pez ó
«la pez» que le reconozca. —Consu sombrero, que parece un flan,
y su cutis terso y sonrosado y su bigote de cabello de ángel. ¿No
es una lástima que el sol y el viento estropeen y maltraten tanta
belleza y tanta delicadeza y suavidad de formas?

Cuesta cierto rubor en esta temporada presentarse á los amigos
que regresan, con la cara y las manos blancas, cuando ellos vuelven
Panchitos del to.

La blancura en estos días es patente de pobreza.

Un amigo de este humilde servidor de ustedes se ocultó á las
impertinentes miradas del vulgo cuando empezaba Julio.

Para darse á luz, como si regresara de cualquier puerto de mar
ó de alguna estación balnearia, se oxidó «galvanoplásticamente»
el rostro y las manos, y resultó una estatua para adornar un des-
pacho.

—¡Jesús! —le decía la patrona. —¿Adónde va usted así, D. Leon-
cio? Si parece usted, Dios me lo perdone, la estatua de Mendi-
zábal.

Ahora pasa el infeliz sus días raspándose la piel, y no consigue
aclarar, ni lo conseguirá hasta que se desuelle y eche piel nueva.

¡Y qué cosas cuentan los primerizos, descubridores de San Se-
bastián, ó de «Bilbado», ó de Gijón, Vigo, Pontevedra y el *Bom-
bital*!

—Nosotros, Arturo y yo, nos bañamos un día en San Sebastián
con la mar picada.

—Es muy expuesto.

—Ya lo creo; nos lo decían todos los amigos; pero éste y yo,
nada.

—¿Nadan ustedes?

—No hicimos caso, y al agua. Nos llegaban las olas á la cintura.

—No exageres, Ramiro; á las corvas.

—¿Á las corvas ó á las curvas?

—Creí que perecíamos.

—No hay miedo: los buenos mozos nunca mueren así, vamos,
sin causa muy grave.

—Y de conquistas ¿qué tal?

—No hablemos de eso. ¿Eh? ¿Arturo? ¡Qué cosas me preguntal

—Un destrozo, créame usted, un destrozo de corazoncitos de las
colonias.

—De la Colonial, dirá usted.

—De la colonia madrileña y de la colonia francesa.

—¡Bribón!

—¡Este se ha dado unos beneficios de Zurriola!

—Y usted ¿dónde ha pasado el verano?

—En un pueblecillo de cuatro vecinos, situado entre dos pe-
ñascos inmensos y á orillas del mar; en las mareas entra el agua
en las casas y teníamos que colgarnos en las rocas lo mismo que
murciélagos. Pero andábamos todos en cueros con sombreros de
paja, por el pudor y nada más. Vivíamos todas las doce personas

del pueblo juntas y comíamos y dormíamos. Libertad, que es lo
que yo quiero, en verano, y aires puros y alimento sano y natu-
ral y naturaleza abrupta. ¿Y usted?

—Yo he vivido más independiente: en la sierra, en la choza de
un pastor, sólo con él y otro mastín.

—Pues yo he estado otavía más solo, puede decirse: con *aquella*,
con la Soledá y sin un perro.

—¿Y cómo habéis vivido?

—Ese es el secreto del sumario.

Eduardo de Palacio.

Fruslerías.

Como ella no me quería,
al santo pedí su amor,
y el santo dijo: ¿Qué hacer,
si ella pide el de Melchor?

RAFAEL LEYDA.

No publiques los defectos
de mis prendas interiores,
que hay gente muy mal pensada
y das muchos pormenores.

¡Si seré yo distraído
que, al ver hoy á Casimira,
por llamarla *seductora*,
la he llamado *seducida*!

Á un botijo se parece
mi vecina doña Tecla:
apaga la sed de todos
y es del último que llega.

ANTONIO SOLER.

Si es un juego el amor, no hay que dudar
que es un juego de envite y de *azahar*.

SIXTO CELORRIO.

Felipito Finolis.

Felipito Finolis era un buen muchacho, si por esto se entiende
un chico que no juega, ni bebe, ni anda en trapicheos, ni pide
dinero á los amigos... Ninguno de estos vicios tenía, y por eso en
el círculo de sus relaciones decíamos que era un buen muchacho.

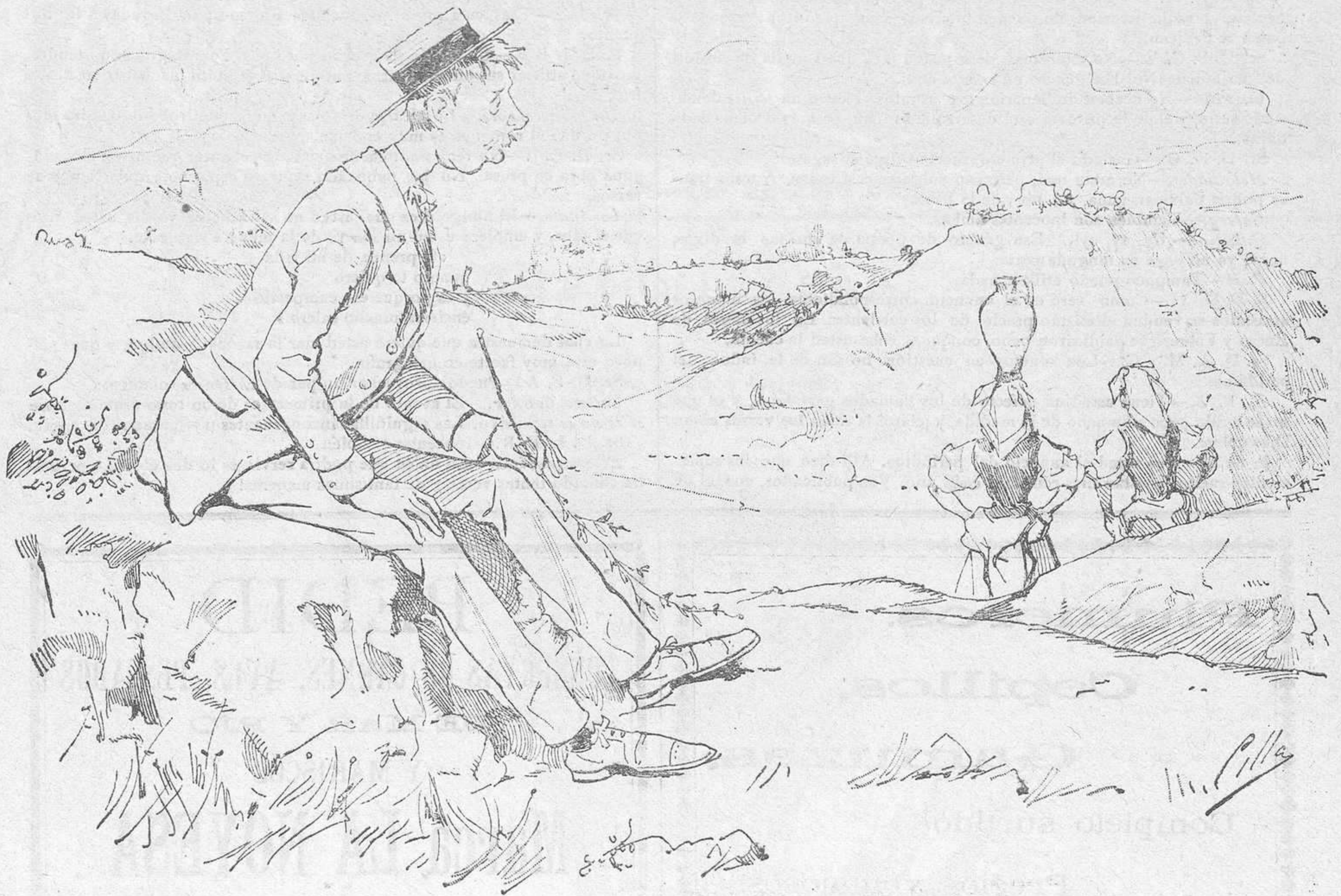
Sin embargo, Felipito Finolis era *reventante* desde cierto punto
de vista. Sus íntimos trataban de disculparle objetando que no
existe hombre perfecto; esto es verdad, pero hay manías... y ma-
nías, y la de Finolis era verdaderamente inaguantable.

Tenía el prurito de la elegancia y de la corrección en todas las
cosas y en todos los casos. No de la corrección discreta que atrae y
seduce, sino de la aparatosa exhibición con arreglo al modelo últi-
mo adoptado por la majadería social. Y en estas cuestiones Feli-
pito no transigía con nadie; para él era cuestión de honor llevar
cuatro botones en el chaquet y cinta ancha en el sombrero de copa
mientras otra cosa no dispusieran los eximios que ejercen autori-
dad en materia tan importantísima.

Recuerdo que en cierta ocasión estuve á punto de tener con él
un lance porque, hallándole en compañía de su novia, le saludé
naturalmente y con la inocencia mayor del mundo; pero al descu-
brirme separé el sombrero de la cabeza oblicuamente, y lo decoroso
—y esto lo demostró él citando á todos los clásicos—es separarlo
en línea horizontal hasta una distancia que no exceda de la frente
cuarenta y cinco centímetros. Por fin se arregló la cuestión levan-
tándose acta donde constaba explícitamente que yo padecía una
afección reumática y esto me impidió alargar el brazo. Sólo así se
dió el hombre por satisfecho.

Felipito no hacía ni admitía visitas antes de las tres de la tarde
en invierno y de las cinco en verano. Jamás se olvidó de remitir
su tarjeta al amigo que celebraba un fausto acontecimiento ó sufría
alguna desgracia. Llevaba con escrupuloso esmero una relación
con las fechas del cumpleaños y santo de cada uno de sus amigos,
y en una nota marginal se expresaba el grado de compromiso
adquirido con ellos.

La despedida.



—Adiós, aire puro, valle ameno, floresta umbría y garridas zagalas. Dentro de tres días estaré en la oficina despachando expedientes y pensando en la manera de desempeñar la capa.

Un muchacho con quien le unían lazos de amistad antiquísima, tuvo la avilantez de presentarse en el Teatro Español, un lunes clásico, vistiendo americana y sombrero hongo, con gran escándalo del mundo elegante; Finolis rompió definitivamente con su amigo porque «era un hombre que no podía rehabilitarse».

Para castigo de los cursis (criminales, decía él), soñaba con la promulgación de un Código penal donde estuviesen clasificados los delitos y penas correspondientes á cada uno de ellos. Consideraba delitos leves, merecedores de la pena de destierro ó prisión correccional en su grado mínimo, llevar pantalones de pesca, usar botas con tacones torcidos, recortarse las patillas en forma de boca de jacha, culotar pipas y tararear aires populares delante de personas con las cuales no hubiese confianza equivalente ó superior á la de un pariente colateral en segundo grado; eran delitos graves, que debieran castigarse con ocho á doce años de cadena, la omisión del saludo en forma correcta á las personas conocidas, aplaudir á los artistas del sexo fuerte en los espectáculos ordinarios, escribir versos octosílabos y ponerse el sombrero de copa antes de almorzar; por último, merecían cadena perpetua ó estrangulación en garrote vil el paseo en *manuela* por la Castellana ó el Retiro, el aplauso en funciones de gala, la publicación de endecasílabos y el uso de dijes en la cadena del reloj.

¡Pobre Felipito! ¡Lo que él sufría cuando en la mesa del café algún compañero de tertulia guardaba cuidadosamente en el bolsillo los terrones de azúcar que habían sobrado! Finolis se ponía rojo de vergüenza y miraba asustado á las mesas de alrededor para observar á los testigos de aquella acción punible.

¿Y el disgusto que se llevó una vez, porque, al salir del teatro en mi compañía, dije yo, admirado de la exuberante belleza de una mujer que iba á nuestro lado: «¡Benditas sean las mujeres de cuerpo entero!»?... Finolis palideció y sintió náuseas hasta el punto de tener que apoyarse en mi brazo para no caer. ¡Tan ordinario le pareció el requiebro!

No, no había nacido él para vivir en este grosero mundo, y así nos lo dió á entender muchas veces.

—Vengo indignado—nos dijo una noche al entrar en Fornos;—he ido al Teatro Real, y me he encontrado con Sánchez, ese repug-

nante, que iba de *smokin*. ¡*Smokin* en el mes de Marzo!... ¡Y era turno primero!

Y Felipito arqueaba las cejas con un gesto de admiración dolorosa, como quien dice: «Esto está perdido».

Un día me dijeron que Finolis estaba enfermo, y sin figurarme que la dolencia tuviera gravedad, más por cumplir con hombre tan escrupuloso en asuntos de etiqueta que por enterarme de su salud, fuí á visitarle. Su pobre madre me recibió en una habitación próxima á la del enfermo, y me impuso silencio con tono misterioso, diciéndome muy quedo:

—No quiere que le vea nadie... ¡se ve deshonrado! Es una extravagancia, pero hay que complacerle, porque en otro caso se agravaría, según el médico.

—¿Pues qué ha ocurrido?

—En realidad nada... ¡pobre hijo mío! Hace cuatro días murió el padre de un amigo suyo, y Felipito fué al entierro... Cuando volvió á casa, observó que, por distracción, había ido al duelo con una corbata roja... La cosa ¡claro que no estaba bien! Pero no era para tanto... ¡y sobre que ya no tenía remedio! Pues mi hijo lo tomó tan á pecho que desde entonces no cesa de delirar... dice que está deshonrado, y tiene una fiebre tan grande que el médico teme un desenlace funesto.

Así fué, efectivamente. Poco tiempo después el pobre Finolis moría sin querer hablar ni ver á nadie, por vergüenza de su falta. Sólo un momento antes de morir llamó á su madre y le dijo, haciendo un esfuerzo supremo:

—Ya sabes que el color de moda es el violeta; así quiero que sea la losa que cubra mi nicho. El R. I. P. en letras negras, y ¡por Dios te lo pido! que no sean góticas... La letra gótica... es muy cursi...

Y con estas palabras el espíritu de Felipito Finolis abandonó la tierra y voló al limbo, mansión destinada á albergar las almas de todos los majaderos que han sido en este mundo. *Amén*.

Luis González Gil.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. R. M. V.—Las composiciones de puro floreo, aunque estén bien hechas, como la de usted, no pueden interesar más que á la persona á quien se dedican.

Sr. D. P. C. V.—No están mal; pero ¿usted cree que son de la índole del periódico? ¡No! Ese género no *encaja* aquí.

Currela.—No acaban de llenarme los asuntos. Tienen un *tinte* demasiado serio, y el de la primera está desarrollado con palabras demasiado duras.

Sr. D. R. C.—Gastado el primero, inocentísimo el segundo.

Melquiades.—No están mal, pero son vulgares casi todas. A todo trance podría publicarse una, y... no vale la pena.

Gatera.—También son inocentes ambas.

Quintín.—¡Uy, uy, uyl... Ese género de poesía de «no me lo digas, fiors», ya no *pega* en ninguna parte.

P. P.—Tampoco puedo utilizar nada.

S. D. D. C.—Como verá en el anuncio correspondiente, los números atrasados se venden al mismo precio de los corrientes. En los meses de Enero y Febrero se publicaron ocho, conque... eche usted la cuenta.

Sr. D. A. M. y G.—Los sonetos en cuestión no son de la índole del periódico.

X. Y. Z.—Tiene usted un defecto de los llamados garrafales, y es que no se cuida poco ni mucho de la medida, y ¡claro! le salen los versos como Dios quiere.

P. de B.—Vea usted el anuncio del periódico. Allí dice que los suplementos sueltos cuestan diez céntimos cada uno. Van publicados, con el de

hoy, 37. De modo que el total es de 3,70 pesetas. Y si quiere usted añadir 25 céntimos para el certificado...

Z.—Candorósísimo el chiste. Y un tantico forzado por añadidura, porque no se llama *guantada* á la colección de guantes.

Nicolás.—Esas cuestiones particulares no son para llevadas á la imprenta.

S. D. J. J. P.—Un millón de gracias por todo. Por desgracia no tendremos que utilizar sus ofrecimientos, porque ¡ay! es inútil machacar en hierro frío.

Un principiante.—La idea podría pasar, pero desarrollada de otro modo, porque el romance es muy endeble.

Sr. D. E. J.—No tengo noticia de que tenga el autor que usted cita ninguna obra en prosa. No ha publicado, que yo sepa, más que tomos de versos.

Un indio.—El amigo dice que usted no sabe hacer versos, usted dice que sí sabe, y empieza usted un *soneto* de la manera siguiente:

«O prenda de mi vida
quanto te quiero
y es porque ese cuerpecito
encierra mucho salero.»

Lo cual demuestra que quiere usted dar la razón al amigo, y que tampoco está muy fuerte en ortografía.

Sr. D. F. A.—Puedo aprovechar un par de *chispazos* solamente.

Calisto Coliflor. El asunto de la primera es de un tono dramático *un sí es no es repulsivo*. Las seguidillas incongruentes ¡ay! pasadas de moda.

Sr. D. L. F. R.—Inocentes también.

El seminarista.—Lo único que podría servir es lo del clown, ¡pero se ha contado tantas veces y de tantísimas maneras!

Plumeros.

Cepillos.

Gamuzas.

Completo surtido.

Precios ventajosos.

HIJOS DE M. GRASES.—Fuencarral, 8.

PEDID
CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS
DE MAR Y RÍO
Y MARISCOS

Marca LA NOYESA

DE J. CAAMAÑO Y C.[^]

De venta en todos los ultramarinos.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

A los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

MADRID.—Imprenta de las Ediciones Peninsulares, Libertad, 28 sup.º